

MANUEL GARCIA CARMONA, PREMIO «DIONISIO ACEDO 1981»

«Con objeto de estimular, distinguir y premiar la divulgación de todo lo relativo a la provincia» la Diputación Provincial de Cáceres creó hace dos años el premio periodístico «DIONISIO ACEDO», premio que se ha fallado por segunda vez y ha recaído en la persona de MANUEL GARCIA CARMONA, redactor-jefe en Cáceres del diario «Hoy». Formaron el Jurado de esta edición: Fernando Nebreda Bausa, Miguel Cruz Sagredo, Vicente Castellano, María Antonia Fajardo y Domingo Tomás Navarro.

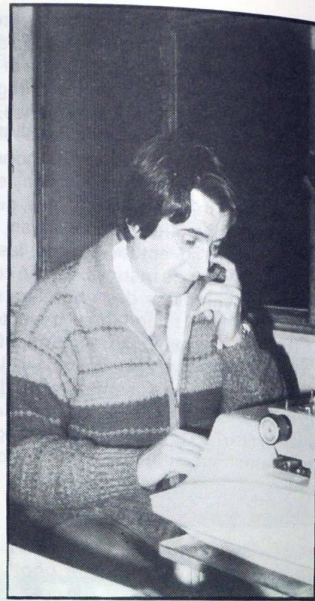
Es éste un galardón en el cual puede competir cualquier persona que escriba noticias, reportajes o artículos de algún aspecto de la provincia de Cáceres. Es independiente del número o la calidad más o menos notable de los trabajos. El fallo de este premio, de carácter anual, tenía que haberse hecho público en el mes de octubre, con motivo de la festividad de San Pedro de Alcántara, patrón de la Diputación de Cáceres, pero ha sufrido cierto retraso ante la dificultad de tomar una decisión a causa de la gran cantidad y calidad existente en los artículos publicados.

Dotado con cien mil pesetas y una placa conmemorativa, este premio no podrá nunca declararse desierto ni dividirse.

LA PERSONALIDAD DEL PREMIADO

MANUEL GARCIA CARMONA acabó sus estudios en la Escuela de Periodismo de Madrid en 1967. Trabajó en «La Verdad», primero en Murcia y después en Alicante. A propuesta de su antiguo redactor-jefe —actualmente director del diario «Hoy»—, González Conejero, llegó a Cáceres hace once años, donde reside desde entonces. Casado en Plasencia y con tres hijos cacereños, García Carmona es ya extremeño de adopción.

Al conocer la noticia, mientras reiteraba que no merecía tal premio, nos comentó que precisamente fue DIONISIO ACEDO, el tantos años director del diario «Extremadura», una de las primeras personas que conoció en Cáceres; hombre del que guardaba entrañables recuerdos, de amigo y compañero.



Acabó diciéndonos: «La sociedad extremeña y la cacereña en particular, no han tomado conciencia de los esfuerzos que procuran desarrollar los periodistas, esfuerzo no reconocido, quizá por desconocimiento y por el bajo nivel de lectura, que si en la media nacional es bajo, aquí lo es más. Acepto el premio, no porque yo lo merezca, sino por la memoria de DIONISIO y en representación de todos y cada uno de mis compañeros».

MIGUEL

tauración: Francisco Fernández Serrano, que disertó en Alía sobre el obispo Gregorio Sánchez Rubio; Arturo Alvarez hablaría del paso de Santa Teresa por Guadalupe. Finalmente el director de ABC, Guillermo Luca de Tena, sería el mantenedor de las X Jornadas.

Junto a esta parte literaria, la música estuvo presente con las actuaciones del grupo folk «Almirez» de Ceclavin; la soprano Aurora Suárez acompañada del guitarrista Alfonso Serrano; la Banda de Música de Guadalupe dirigida por Cesáreo Plaza; el Quinteto de Viento de Manzanares; concierto de órgano y trompa por Miguel del Barco y Miguel Angel Colmenero; Coral de Guadalupe, dirigida por Fray Eduardo Calero, y actuación para la clausura de la Coral de Jaraíz, dirigida por Joaquín Jiménez.

El preludeo de las Jornadas fue la reunión en Mérida del Jurado del Premio de Poesía Hispanidad, compuesto por Delgado Valhondo, Bravo, Santiago Castelo, Carmelo Solís y Calero Velarde, que otorgaron el Primer Premio de 75.000 pesetas y cántaro de cobre, a Rafael Fernández Pombo, y Mención Especial, con 50.000 pesetas en metálico, al poeta mejicano Alfonso Castro Pallarés.

C. C. B.

ESCENAS RURALES

POR Valeriano Gutiérrez Macías.

En un bello pueblo de la fértil comarca cacereña que hace florecer el río Ibor —a los pueblos cuyo término baña esta vía de fecundidad se les conoce por Los Iboreos— vivía un matrimonio constituido por Juan, a quien apodaban «El Feo» y su mujer, Petra.

Contaban con el aprecio y estima del vecindario, pero hay que constatar que eran tan sencillos, ingenuos e infelices, que todo el mundo tenía que ver con ellos y decirles algunas cosas, ya que realmente parecía que ignoraban no pocas cuestiones elementales, tan imprescindibles para desenvolverse.



—Allí, a un lado.

Esto lo hacía en vez de concretar la calle.

El matrimonio tenía dos hijas: una muy fea y otra muy guapa.

Y he aquí que el pueblo, siempre irónico y tirando a la picaresca —esta es la verdad lisa y llana— se dirigía a Juan con esta intención: nada cantinela:

Juan, feo;

Petra, fea;

niña guapa,

aquí hay trampa.

Con este motivo Juan se indignaba de lo lindo, se enfadaba y hacía frente a todo el mundo, cuando le decían semejantes cosas y pagaba, como es natural, con la mujer, que, por cierto, era muy buena, de sanas costumbres, lo que se dice una auténtica infelizota.

La hija un tanto anormal, que era la feucha, se casó con un cojo de Garvín. «Garvín, garvea; poco pan y mucho enrea.» Este refrán viene de los años de maricastaña en que estuvieron los garvinos —tal es su gentilicio— metidos en pleitos políticos, y como no trabajaban, no producían nada.

Entonces, y como el padre del novio tenía más hijo, el marido de la hija algo deficiente le desheredó. Cosas que pasan...

El consuegro, Juan, entabló pleitos. Fueron a un juicio y discutieron acaloradamente. Decía el consuegro a Juan:

—¡Anda allá, que me has *dao* una hija tonta!

Y respondía Juan, rotundamente:

—Y tú ¿qué me has *dao* a mí?, un cojo. Si le pasa algo a la *pata* buena, cuerpo sólo... no tenemos a nadie...

El juicio constituyó un verdadero risorio por las constantes manifestaciones de Juan.

La otra hija, la beldad, la casó bien y vivió feliz y decentemente.

Francisco, vecino de Fresnedoso de Ibor y oriundo de Peraleda de la Mata, había contraído matrimonio tres veces. La última con Castora, de Carrascalejo de la Jara.

Un día, estando Francisco entregado a sus faenas, haciendo un sacco de picón, llegó Castora y le dijo con expresión un tanto angustiosa:

—¡Ay, Francisco, que me dio el dolor...! Anda y ve en *ca* Reyes y tráete un litro de vino.

Después agregó:

—Tráete dos mejor, que el dolor no se me quita y un litro va a ser poco...

Después se acostaron en el suelo, encima de unos sacos, ya que, por desgracia, carecían de cama.

No obstante estar en el suelo, Castora, que había bebido el vino en gran cantidad como terapia para mitigar su dolor, dijo a su marido:

—Francisco, agarra la cama que se mueve y se cae...

Y estaban acostados en el santo suelo.

Y es que Castora había ingerido lo suyo. Estaba hartita de vino...